



EL HOMBRE DE LA PIPA

MANOLO MILLARES
ENRIQUE AZCOAGA

ST
BIG

157

i b u j o s

La verdad a toda costa.

Orozco

Un artista, si es sincero,
es siempre bienvenido,
cualquiera sea la forma
en que se manifieste.

M. M. S.

Si el buril de Durero tu-
viera que representar en
nuestros días las plagas
que azotan a la humani-
dad, tendría que añadir
uno más a sus cuatro
fatídicos jinetes: el del
Abstraccionismo.

José Renau

**BIBLIOTECA
MANUEL
HERNANDEZ**



EL HOMBRE DE LA PIPA

MANOLO MILLARES
ENRIQUE AZCOAGA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Nº Documento..... 407400
Nº Copia..... 407409

a

juan antonio gaya nuño

enrique azcoaga

angel ferrant

rafael santos torroella

tomás seral casas

jorge campos

enrique planas durá

angel marsá

santí surós

modesto cuixart

sebastián gasch

juan ramón masoliver

y eduardo ciriot,

amigos sin rostros, por el
lenguaje del color y la palabra.

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

EJEMPLAR Nº 000086

LOS DIBUJOS DE MANOLO MILLARES SALL

POR

ENRIQUE AZCOAGA

Un dibujo en su base no es otra cosa que una geografía. Cuando el dibujante tiene que convertir un rostro, del que no conoce sino los valores físicos, en ese resultado absoluto tan opuesto a lo temporal como obligado a lo representativo, donde se resume y significa la importancia esencial de la criatura, sufre momentos de vacilación. El modelo, que es una realidad, ha de entenderse como cierta versión instantánea, más palpitada en este caso que en ningún otro, y por tanto resbaladiza. El dibujo, plazuela dentro de la que lo físico tiene que convertirse en estático milagro, no anda muy lejos del signo; no puede encontrarse en oposición a lo vivo; y por tanto, lo quiera o no lo quiera, ha de dar a la creación lo que la misma exige, y a la lealtad lo que es de la lealtad. El dibujante—como el pintor en otro aspecto—debe

crear representando. Los once dibujos de Manolo Millares Sall, no nacen sin embargo cual once pinturas, sino como doce vocablos cargados de significado y con una independencia especial. Cuando esto ocurre, y el color de la piel, no se resuelve por vía cromática como en el caso pictórico, la preocupación es grande. Una palabra, es mucha y poca cosa, y su nacimiento agobia sin querer. En ella ha de resonar y engrandecerse la geografía física de que el dibujante dispone. Hasta el cielo absoluto de la misma, ha de elevarse lo concreto como una representativa libertad. Si un dibujo se mira con ligereza imperdonable, parece un entretenimiento. Si los once dibujos de Manolo Millares Sall tratan de captarse en su pretensión esencial, es decir, en esa esforzada comprensión liberadora que el dibujo supone, comenzará a sentirseles como un drama, como una angustia, como un afán de evidenciar de golpe—traduciendo el latido instantáneo en la palabra permanente—nada menos que cierta síntesis vital.

Porque la palabra, o el dibujo, aparece, define, y no tiene tiempo de rectificar en marcha lo que acertada o desgraciadamente significa. Cuando Manolo Millares Sall, que nace en 1926 y que ha expuesto una veintena de veces en los salones de Tenerife y Madrid, así como seis en Las Palmas—destacándose entre sus muestras la celebrada en el Museo Canario, el año 1948—, trata de remansar a lo abstracto el contenido esencial de un hombre, no ignora la dificultad de su quehacer. La palabra que el dibujo supone es antes que nada un

acierto selectivo. Esta orografía palpitante que los trazos de Millares Sall representan, quieren para la constante definición de su organismo, una riqueza justificadora de su apotegmática realidad. Cuando el dibujante aún no lo intenta, el dibujo ha dicho, sentenciado, resuelto. Cuando Manolo Millares Sall no ha hecho otra cosa que plantear gráficamente las condiciones de un secreto, el secreto es ya palabra, y la palabra definición.

En estas circunstancias, dibujar, es liberar una unidad repleta de significado, que se puede volver contra quien la concede rienda suelta. Si el dibujo se comprende como un entendimiento incapaz de plantearse y desarrollarse a base de tanteos y cautelas, debe considerarse en su dramática e irremediable condición. Cuando menos se piensa, salta su mandamiento. Cuando el dibujante cree ver sintetizado todo el secreto de la realidad física a la que trata de evidenciar eternamente, se le dispara como resumen cierto o falso, ese proyectil con destino incontenible que es la síntesis gráfica en general. Su labor indagadora, buceadora, penetradora resulta tremenda. La conclusión que el dibujo plantea con carácter inequívoco, tiene algo de conclusión que la conciencia integradora del artista, dicta a un procedimiento que en este caso no puede ser más personal.

La palabra en que concluye todo dibujo, no se labra, no se prepara, no se monta como los falsos dibujantes creen, sino que se encauza por los caminos de procedimientos representativos, pero en función de ese mandato luminoso que signi-

fican por ejemplo las síntesis previas de Millares Sall, el artista canario. El resultado dibujístico, por hermano de las leyes y de lo categórico, no es la gloria de un proceso gráfico, sino como la huella resumidora de cierto entendimiento personal. Estamos ante un valor plástico, cuya condición se nos revela como las chispas y no en virtud de un determinado desarrollo. Nos encontramos ante once dibujos cuyas virtudes no hay que apartar en el plano de la artesanía, sino allí donde los aciertos se valorizan, por el simple hecho de significar plenamente la causa de la que resultan flor. En un principio, los dibujos de Manolo Millares Sall pretenden evidenciar de golpe, sintéticamente, con voluntad de revelación, esa eterna dignidad que los destinos creadores a que aluden, fueron o van consiguiendo a lo largo de una existencia. Inmediatamente, los trazos que componen estas páginas se preocupan en función de su fragorosa constitutiva, de transmitirnos por la temperatura embriológica de los mismos, aquello que en este caso no nos cuenta el color.

Manolo Millares Sall, que en sus andanzas extranjeras llegó con sus trabajos hasta la Sala Marie Benedetti de Zürich (Suiza), ampara sus palabras, sus dibujos, con esa corteza escultórica en la que hace resonar como en una materia su recóndito significado. Manolo Millares Sall tiene tanto interés de que la sentencia de sus definiciones gráficas llegue a buen puerto, que densifica con una consistencia característica, aquel latido totalizador que en un dibujo encuentra libertad y expresión. Con una fuerza, con un coraje, con una curiosa violencia, quedada y lírica al mismo tiempo. Consiguiendo que estos retratos de seres singulares se eleven de la posible máscara muerta que todo mal retrato supone, al signo con categoría y difícil contenido de vocablo que cualquier buen dibujo debe suponer.

CONVENCIONES DE DIBUJOS

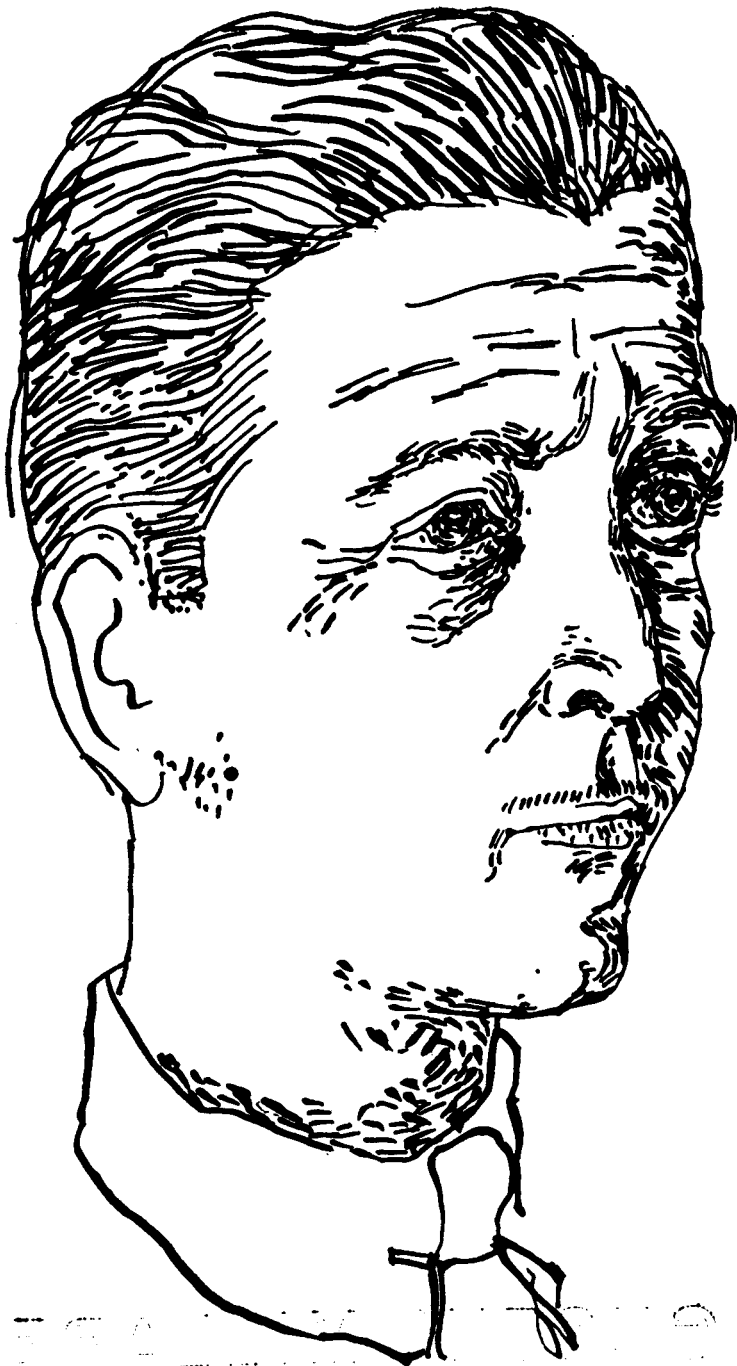
EL HOMBRE DE LA PIPA



ALONSO QUESADA



JOSE LUIS JUNCO



SEGALIN, J. J.

AGUSTIN MILLARES



ORACLE OF CIE

PEDRO LEZCANO



PABLO PICASSO



ELVIRETA ESCOBIO



JOSE MARIA MILLARES



RAFAEL ROCA



MANOLO MILLARES



PLAÑAS DE POESIA
XIII

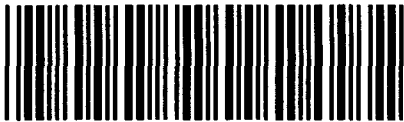
Tirada de 200 ejemplares, numerados.

ORIENTAN Y CUIDAN ESTAS PLAÑAS
los poetas
AGUSTIN Y JOSE MARIA MILLARES SALL
el pintor
MANOLO MILLARES SALL
y
RAFAEL ROCA

Portada: AUTORRETRATO

SE IMPRIMIO EL 5 DE FEBRERO DE
1951, EN LA IMPRENTA ORTEGA,
EN LAS PALMAS
DE GRAN CANARIA.

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



407409

BIG 74MIL MIL hom

Planas en puertas:

Manantial de silencio

Pino Betancor
Elvireta Escobio

Poema de la Creación

Agustín Millares Sall
Manuel Millares Sall

Manifestación de la Paz

José María Millares Sall
Alberto Manrique

La Cruceta

Luis y Agustín Millares
Cubas

Las Inquietudes del Hall

Alonso Quesada

Crítica, Críticos y Pseudos-Críticos

Rafael Roca Suárez
Manolo Millares Sall

Caballo de Madera

José Luis Junco
Alberto I. Manrique

